

Una Iglesia libre en una sociedad libre *

Cardenal Fernando Sebastián

Don Fernando Sebastián (Calatayud, 1929) es religioso claretiano desde 1945, sacerdote desde 1953, obispo desde 1979 y cardenal desde 2014. Fue profesor de Teología y Rector de la Universidad Pontificia de Salamanca (1971-1979), secretario general de la Conferencia Episcopal Española (1982-1988) y vicepresidente de la misma (1993-1999 y 2003-2005). Para el tema que nos ocupa, de entre su abundante producción bibliográfica, destacamos el libro *Secularización y vida religiosa* (1964) y el artículo coral "Afirmaciones para un tiempo de búsqueda" (aparecido en 1976 en la revista *Iglesia Viva*, de la que fue fundador), así como los más recientes volúme-

nes *Evangelizar* (dos ediciones, en 1990 y 2010) y *Memorias con esperanza* (2016).

Secularización, pluralismo religioso, indiferencia... ¿Cómo caracteriza Usted nuestro tiempo? ¿Qué términos le parecen más apropiados para describirlo?

La realidad está más allá de las palabras que empleemos para describirla. La secularización es un proceso que se profundiza con el tiempo y a lo largo del cual va cambiando también el sentido de la palabra. Inicialmente, se refiere a la emancipación de lo civil respecto a la tutela eclesial y a la autoridad de lo sagrado. Pero, poco a poco, aparece otro fenómeno: la

* Es un honor para *Razón y Fe* ofrecer esta entrevista con el cardenal Fernando Sebastián, en el marco del número monográfico sobre secularización y pluralismo religioso. Se trata de un gran teólogo y una voz muy autorizada en la Iglesia actual, que combina el rigor intelectual con una amplia perspectiva vital, la libertad de pensamiento con la pasión por la Iglesia, la franqueza aragonesa con la sensibilidad evangélica. La entrevista la realizó el director de nuestra revista, Daniel Izuzquiza, SJ.

visión secularizada de la vida y del ser humano, es decir, la *mundanización* en los criterios y en los objetivos. Aquí entramos en el terreno antropológico, que pide otra valoración. La cuestión de fondo es si el ser humano, como criatura, pertenece a este mundo de lo transitorio o si hay algo más. La valoración del primer aspecto es positiva, pues reconoce la legítima autonomía de la esfera temporal; pero, en el segundo caso, la valoración tiene que ser negativa. Se produce una ignorancia y una mutilación de dimensiones básicas del ser humano (como la trascendencia, la relación con el origen y con el más allá) de consecuencias muy negativas y que da la impresión de que están poco pensadas. En este sentido, el Concilio Vaticano II se anticipó a lo que ha venido después y, al releer ahora sus formulaciones, cobran un relieve nuevo.

Vivimos en un contexto de gran pluralismo ambiental. Hay libertad y variedad en iniciativas y en circunstancias y, en todo ello, se percibe un cierto desencanto: *desnortados* o desorientados. Falta el Absoluto y no tenemos un Oriente hacia el que caminar. En este sentido, se podría decir que hay más pluralismo del conveniente. También se dan carencias experienciales y vivenciales. En el caso

de la sociedad española, percibo descreencia, fragmentación, desconcierto y contradicción. Se ha desdibujado lo común y, por tanto, es muy difícil llegar a acuerdos. Algunos grupos viven cautivos de ideologías antiguas y no renuevan su mente con los cambios de la realidad.

Llevamos al menos cincuenta años hablando de secularización (y viviéndola). ¿Qué lecciones o aprendizajes podemos asumir de este itinerario?

Me parece que la sociedad española aún vive en la euforia de la emancipación, de la libertad recuperada o descubierta. Falta madurez y originalidad de pensamiento. Hay una evolución cultural, política, religiosa, pero da la impresión de que estamos en una fase de adolescencia cultural, de apasionamientos y de poco realismo. Hace falta madurez, serenidad y autocrítica.

Desde su perspectiva, ¿hasta qué punto cree que la teología ha asumido el reto secular y lo ha incorporado a su quehacer cotidiano? ¿Con qué resultados?

La teología es un ejercicio de reflexión y de autorreflexión. Y la necesitamos como nunca, quizá más que nunca; en los pastores, en los seglares. En este tiempo, la Iglesia y la sociedad han cambiado y se generan nuevos temas: un

concepto integral de la fe, la percepción de lo divino y del Dios de Jesucristo, el análisis a fondo de la función humana de la religiosidad, el ajuste entre Iglesia y sociedad. Sin embargo, parece que la teología no ha percibido una nueva situación, más problemática, en que viven los católicos. Hay una socialización del descreimiento, que es serio, fuerte e intenso. Quizá no lo queremos reconocer porque es comprometedor. Se trata de evaluar lo hecho, de revisar actitudes y propuestas. Todo esto significa mirar a las causas de la situación actual a la vez que se analizan las consecuencias antropológicas, explícitas o implícitas, por ejemplo en el ámbito de las relaciones familiares. En general, la teología tiene que aprender a ser menos eclesiástica. Debemos descubrir las consecuencias antropológicas y mundanas del reconocimiento o de la negación de Dios.

Usted ha reflexionado y publicado, desde hace tiempo, sobre la evangelización en contextos secularizados. ¿Cuáles son, desde su punto de vista, los principales retos pastorales de nuestra Iglesia?

De algún modo, el nuevo contexto social pide un esfuerzo de simplificación y de concreción. Hay una tarea *ad intra*, al interior de la Iglesia, que consiste en la purificación de la religiosidad y en

el crecimiento de la autenticidad. Vivir con Cristo ante Dios y ante el hermano. Centrarse en el núcleo del cristianismo: la fe, el seguimiento, la confianza en Dios, la experiencia de la vida eterna. Estos aspectos resultan especialmente importantes en el proceso de iniciación cristiana. No podemos seguir llenando la Iglesia de cristianos no creyentes o de “paganos bautizados” (por utilizar una dura expresión de Joseph Ratzinger). La conversión supone un verdadero planteamiento de vida alternativa y esto no siempre se expone con suficiente claridad, por ejemplo en el contexto del bautismo o del matrimonio sacramental.

Al mismo tiempo, y por otro lado, hay una tarea *ad extra*. La Iglesia está llamada a ir al encuentro, salir y acercarse a los que se fueron, a los que nunca han venido y viven en el desierto de la indiferencia religiosa y de la inseguridad moral. Muchos bautizados viven fuera de la Iglesia y hay que acercarse a ellos, con afecto, con preguntas y con una invitación atractiva para que puedan volver a la fe, es decir, a Jesucristo. ¿Y qué hacemos con los que no lo conocen? Se ha frivolidado la religión, de modo que no se valora; parece que todo se queda en afinidades afectivas. En otros términos, hoy, en nuestra sociedad, la religión, la fe, es una

realidad prescindible, superflua y marginal. Por lo menos la religiosidad establecida, pública e institucional. Puede ser que subsistan restos de un cristianismo, una religiosidad espontánea y bastante confusa. No obstante, hay que alargar mucho las cosas para seguir reconociéndola como un verdadero cristianismo católico. Por ello, creo que necesitamos reconfigurar profundamente nuestro trabajo pastoral y me pregunto si en las parroquias o en la formación de los seminaristas, por poner dos ejemplos básicos, estamos respondiendo a este reto.

¿Y en el ámbito educativo? Porque Usted ha insistido mucho en la importancia de los procesos de iniciación cristiana y de la propuesta educativa católica.

Los dos medios privilegiados de que disponemos para la educación son la familia y los colegios, que tenemos muchos. También las catequesis parroquiales, naturalmente. Sin agraviar a nadie, me parece que no estamos cumpliendo bien nuestra misión de educar y de promover personas cristianas. La educación católica está esencialmente relacionada con la fe. Jesús es el modelo de humanidad, de persona lograda, de convivencia social. Educar es ayudar a crecer como persona, en relación con Cristo, a la sombra de la fe en

Cristo y en Dios; solo así podemos ofrecer un horizonte de plenitud. Pero a veces nos quedamos en los previos, en lo implícito, silenciando la propuesta explícitamente cristiana. Sin duda, existen muchos docentes sacrificados, llenos de buena voluntad. Es necesario animarles y animarse entre ellos, amablemente y con humildad, estimulándoles a seguir con esta misión tan difícil y tan importante. Pero, a veces, los colegios quedan casi devorados por la Administración y por la búsqueda del éxito profesional, de modo que no encuentran el camino para proponer, en la educación, una fe viva y vivida. En las catequesis, en los procesos de iniciación cristiana hemos prescindido casi de la realidad de la conversión personal, el cambio de vida, el compromiso del discípulo y del crecimiento. Sin esto todo el resto se queda vacío, sin contenido, sin fuerza espiritual ni eficacia santificadora.

En España padecemos lo que el papa Benedicto XVI calificó como "emergencia educativa". Andamos flojos en educación. Flojos en saberes y flojos en virtudes. Muchas familias se equivocan gravemente con ese concepto de educación tan en boga que consiste en el lema "que a los chicos no les falte de nada". Cedemos demasiado a las holguras, somos poco exigen-

tes, insistimos poco en las exigencias de calidad y de valía personal. El panorama religioso de los matrimonios y de las familias no ayuda mucho a potenciar su capacidad educativa.

Fijándonos en España o en Europa, ¿cómo ve Usted la presencia de lo cristiano en la cultura actual? Me refiero tanto a la cultura cotidiana, popular, a pie de calle, como a la cultura elaborada, el mundo de la intelectualidad.

En el ámbito de la cultura creativa, de la intelectualidad, del arte, de la filosofía, de la prensa, entre otros ámbitos, me parece que hay poca presencia de los cristianos y un déficit de un pensamiento cristiano original y vigoroso a la vez que se percibe poco contacto cuerpo a cuerpo con el pensamiento y con la cultura de la calle, es decir, un cierto retraimiento en el acercamiento mutuo. Lo cristiano está muy silenciado e implícito. Nosotros no nos hacemos presentes y los demás no nos tienen en cuenta. No se reconoce el derecho a estar presentes en el debate cultural de cada día.

De alguna manera, entre los católicos existe un cierto miedo al *confesionalismo*, a los excesos del pasado, y no llegamos al justo medio. No tengo ninguna nostalgia de la confesionalidad porque es un modelo dañino que debilita

la fe y desfigura la mundanidad. Pero, sin nostalgia alguna, defiendo la necesidad de la influencia de la fe en el pensamiento y en la acción social. En todos los ámbitos de la vida somos discípulos, desde nuestras convicciones y en nuestro comportamiento. No hay separación ni contradicción entre lo público y lo privado. Pero, de hecho, en la realidad española la presencia renovadora de agentes cristianos ha disminuido en lo que concierne a la esfera pública.

Si pensamos, por ejemplo, en los fines de semana, se han convertido en meras celebraciones laicas ya que no existe el domingo como tal. Esto indica una metamorfosis en las formas de vida y no hemos sido capaces de cristianizarlas. Hemos pasado de un mundo rural, estático y pobre a una realidad urbana, dinámica, más libre y rica, en la que la dimensión religiosa de la vida ha quedado olvidada. He aquí la pregunta subyacente: ¿Cómo podemos reconfigurar este nuevo estilo de vida para hacerlo compatible con la fe cristiana? Este es un reto urgente, esto es, la creación de una nueva cultura creyente. Pero para esto hace falta comenzar por los cimientos, hacen falta creyentes con vigor, padres y profesionales creyentes que sean capaces de ir generando formas

de vida de acuerdo con su fe y sus aspiraciones cristianas.

En su opinión, ¿cómo es la presencia de los católicos en la vida pública?

En los tiempos de la Transición democrática española actuaron eficazmente muchos políticos sinceramente cristianos. Sin la influencia de la fe cristiana no hubieran sido posibles muchas cosas. Desde entonces, ha habido una importante presencia de los católicos en la vida pública, muchas veces discreta y silenciosa, pero real y efectiva. En cuestiones como la lucha por la paz y la reconciliación o en la construcción del consenso social y político, rezuman muchos valores cristianos. La sensibilidad social y solidaria de la sociedad española la cultivan y la encauzan en buena parte las asociaciones católicas. Es cierto que esta presencia se ha ido reduciendo cuantitativa y cualitativamente. La fe es hoy más débil e insegura que hace cincuenta años. Y debemos añadir que la sociedad española ya no espera mucho de la Iglesia en el ámbito público. Se desconoce y se infravalora el potencial cristiano en la lucha por la justicia y en la opción por los pobres. Por eso es oportuno recordar que la Iglesia ha sido capaz de crear una civilización y que, en el fondo, no hemos perdido esa fuerza, la fuerza del Evangelio. En la España actual echo de menos más

presencia y visibilidad de los católicos en la vida cultural y pública; hoy en día, el pensamiento cristiano está poco presente y actuante en la sociedad. Y la opinión pública tampoco es muy receptiva a hacerse eco de esta presencia; es una dinámica que se retroalimenta.

Si nos fijamos en el marco jurídico y práctico, ¿cómo valora Usted las relaciones Iglesia-Estado? ¿Cree que hay que modificar el marco normativo y, si así fuese, en qué sentido?

La cuestión de la ubicación pública de la Iglesia constituyó el centro del debate postconciliar en España. Fue muy difícil asumir la declaración *Dignitatis Humanae*, sobre la libertad religiosa, y encontrar un acomodo para una Iglesia libre en una sociedad libre. Es decir, se trataba de lograr un reconocimiento amplio y leal de la libertad religiosa para todos los ciudadanos y de situar la vida de la Iglesia en este ámbito común, sin privilegios ni discriminaciones. En los veinte años de la transición, nos hemos acercado bastante a este esquema; quizá más al principio que ahora. Y es que nuestra izquierda no acaba de aceptar que la libertad religiosa y la vida religiosa son una aportación positiva al bien común de la sociedad. Siguen viendo la Iglesia como una amenaza para la libertad y la democracia. Sin pretenderlo, algunos siguen presos

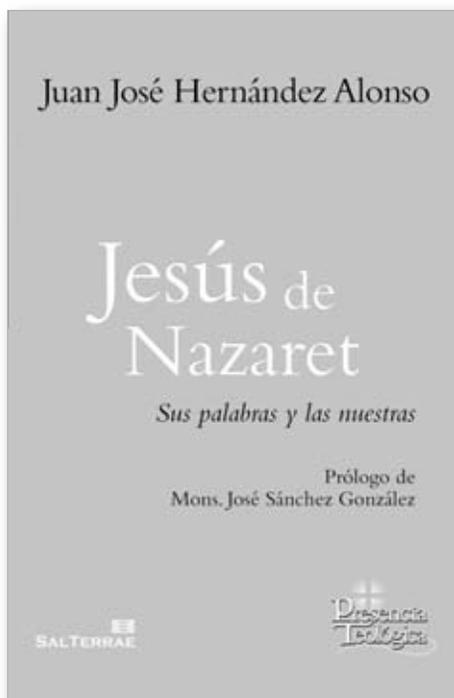
de una mentalidad excluyente y revanchista.

Sin duda, la historia no es rectilínea. Pero a veces parece que estamos o a la defensiva o a la agresiva. Y no es bueno entrar por esas sendas del miedo unos de otros, desde las sospechas o los temores mutuos. No es bueno vivir descalificándose unos a otros. Más bien, necesitamos resaltar los valores, los intereses y los deseos comunes, para la construcción de un ámbito de coincidencia y de convivencia. Aquí veo un punto preocupante, de incomprensión y de exclusión, en el fondo, de intolerancia, que debemos superar a través de la comunicación y de la convivencia. Estamos viendo la incapacidad de algunos políticos para colaborar con otros en el servicio sincero al bien común de todos los españoles. La superstición de las ideologías es una adolescencia cultural y resulta muy dañina.

En la Constitución Española de 1978, en el artículo 16, hay una alusión discreta a la Iglesia católica. Creo que, en la actualidad, es un tema poco relevante y no polé-

mico; refleja nuestra historia, de la que no podemos desdecirnos, y no supone en absoluto menosprecio a otras confesiones o cosmovisiones. Por otro lado, si se modificase ese punto, tampoco me parece que se hunda el mundo. Hay, y debe haber, un reconocimiento democrático y leal de la vida religiosa de los ciudadanos. La Iglesia solamente necesita un ámbito suficiente y razonable para vivir y ejercer su misión. Eso, en lo civil, es un bien y un derecho democrático que tienen los ciudadanos y que nadie les puede restringir. En todo caso, nuestro deber consiste en la eliminación de las causas directas o indirectas del anticlericalismo: tenemos que vivir sin privilegios, muy a las claras, tratando de ser honestos y coherentes en nuestra vida, con cercanía y afecto, haciendo el bien que podamos e intentando ayudar a todo el que nos necesite, en lo espiritual o en lo material. La sociedad española está llamada a reconciliarse consigo misma, todos con todos. Tenemos que aprender a convivir con respeto y con serenidad. Ese es el precio de la libertad y de la paz. ■

SALTERRAE



JUAN JOSÉ HERNÁNDEZ ALONSO

Jesús de Nazaret *Sus palabras y las nuestras*

632 págs.

P.V.P.: 29,90 €

La figura de Jesús trazada en esta obra ensambla armoniosamente su historicidad y su origen divino, testimoniados en numerosas y acertadas citas de textos bíblicos y en la Tradición de la Iglesia. Además, el autor se acerca, con un lenguaje de extraordinaria pureza y precisión, al «Señor» y «Salvador» desde una perspectiva mística, propia del creyente, poniendo de manifiesto el desfase que existe entre el frescor original del mensaje de Jesús y la fragilidad no solo de las formulaciones teológicas, sino también de la actividad creativa del teólogo en todos los tiempos.



Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@grupocomunicacionloyola.com
